

843

PQ2325

v6

568

L.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



ADVERTENCIA

DE LA PRIMERA EDICION.

Los anuncios publicados en algunos periódicos me obligan á dirigir la palabra al lector. Esos anuncios han podido hacerle formar una idea falsa de mi obra, la cual no es un poema, sino simplemente un episodio.

Sus páginas, muy numerosas tal vez, no son, sin embargo, más que fragmentos de la obra poética que ha sido la idea fija de mi juventud, y que será la de mi edad madura, si Dios me concede los años y el ingenio necesarios para realizarla. Compréndese tanto por instinto como por raciocinio, que el tiempo de las epopeyas heroicas ha pasado. Su forma poética

es la de la infancia de los pueblos, de aquel tiempo en que, no existiendo todavía la crítica, se confundía la historia con la fábula, esto es, lo imaginario y lo verdadero, y los poetas eran los maravillosos cronistas de las naciones. También entónces los pueblos, que, para nacer y para engrandecerse, tenían que acogerse á la tutela de los grandes hombres y de los héroes, manifestaban naturalmente su interés y su agradecimiento á aquellas poderosas individualidades que les habían emancipado ó civilizado. Consagraban su memoria en los cantos populares, que, al escribirlos posteriormente, se convirtieron en poemas, de suerte que la epopeya es individual y heroica.

Más adelante, hoy todavía, las individualidades desaparecen, ó figuran con toda su verdad en el drama de la historia. En esta es donde se las busca. El movimiento de las cosas es tan rápido, el drama de la historia presenta tantos personajes en escena, la crítica estudia todas las figuras del tiempo con tan escrupulosa sagacidad, que el prestigio de la imaginación queda en breve destruido, no dejando á los grandes hombres más que el de su poder, ó de su genio, porque el de la poesía ya no les pertenece. Por otra parte, la mirada humana se ha dilatado por efecto de una civilización más elevada y más amplia, por la influencia de las instituciones que exigen el concurso del mayor número, cuando no de todos, en la obra social, por las religiones y filosofías que han en-

señado al hombre que no era más que una parte imperceptible de una inmensa y solidaria unidad, y que la obra de su perfección es colectiva y eterna. Los hombres no se interesan ya tanto por las individualidades, las toman por lo que son: medios ú obstáculos de la obra comun. El interés del género humano se cifra en la humanidad únicamente. La poesía se convierte en sagrada por lo verdadera, como lo fué en otros tiempos por lo fabulosa; se transforma en religiosa por la razón, y en popular por la filosofía. La epopeya no es ya nacional ni heroica; es mucho más, es humanitaria.

Penetrado por convicción y por instinto de esta transformación de la poesía, amante de escribir, sin embargo, en el lenguaje rítmico del verso que da sonido y color á la idea, y que vibra algunos días más que el lenguaje vulgar en la memoria de los hombres, buscaba el asunto épico más apropiado á la época, á las costumbres y al porvenir, que permitiese al poeta ser á la vez local y universal, maravilloso y verdadero, inmenso y único. Este asunto se ofrecía por sí propio, pues que no existían dos: es, la humanidad misma, el destino del hombre; en una palabra, el conjunto de fases que el espíritu humano debe recorrer para llegar á su fin por la vía de Dios.

Pero asunto tan vasto y del cual cada poeta, cada siglo tal vez, no han podido escribir más de una

página, debía tener su forma propia, que era preciso buscar y encontrar, como su drama y sus tipos individuales. Esto es lo que he intentado; si lo termino algún día, ó si, ántes de morir, puedo al ménos bosquejar un número de páginas bastante para que el diseño aparezca en su variedad y en su unidad, podrá juzgarse si este pensamiento encerraba algún gérmen de vida, y otros poetas más inspirados y más completos podrán fecundarlo despues.

La obra es inmensa. Ya he llevado á cabo varias partes de ella en distintas épocas de mi vida: descontento de algunas, las he arrojado al fuego; he conservado otras y algunas no esperan para nacer más que el alivio de otros trabajos é inspiracion. Las distracciones del pensamiento, los viajes, la política y el cúmulo de sucesos exteriores han interrumpido á menudo mis trabajos y me los interrumpirán sin duda todavía. No se debe considerar estas obras de esparcimiento del ánimo sino como fruto de los ratos que me dejaban libres los deberes de la familia, de la patria y del tiempo; son recreos de la imaginacion, y no producto del trabajo asiduo del hombre. En el poeta no está contenido todo el hombre, del mismo modo que la imaginacion y la sensibilidad no constituyen el alma entera. ¿Qué se diría del hombre que, durante su vida, no hubiese hecho más que rimar sus ensueños poéticos, miéntras sus compañeros combatian con toda clase de armas, en la gran

lucha de la patria y de la civilizacion; miéntras que todo el mundo moral se agitaba en torno suyo en el terrible palenque de las ideas y de las cosas? Deberíasele considerar como una especie de bufon propio para divertir á los hombres serios, y para relegarlo al sitio de los bagajes entre los músicos del ejército; hay, por más que se diga lo contrario, una gran impotencia ó un grande egoismo en ese aislamiento contemplativo que se aconseja á los hombres pensadores en los tiempos de esfuerzos y de luchas. El pensamiento y la accion deben completarse recíprocamente. Así se comprende el hombre.

De todos modos, yo he escogido, entre las diversas escenas de mi drama épico ya terminadas, una de las más locales y más contemporáneas, para darla al público, y para pedirle su dictámen sobre un género de poesía que yo no habia sometido aún á su crítica. Es un fragmento de epopeya íntima; no es, como se ha creido, el tipo sacerdotal: el sacerdocio aquí no es más que el cuadro, y no el sujeto. El sacerdote, moral y políticamente concebido, tiene otra talla distinta de la de Jocelyn. Jocelyn es un hombre sensible y apasionado, al cual ciertas circunstancias y virtudes empujan al santuario, y que llega á ser cura de aldea. El cura de aldea es una de las más patéticas encarnaciones del Evangelio, una de las figuras más pintorescas de nuestra moderna civilizacion. Yo no he tenido más que hacer sino hilvanar

sobre él un prólogo y un epílogo, para hacer de este episodio una especie de pequeño poema con su principio y su fin.

El lector se equivocaría si creyese ver en este asunto algo ajeno á su parte poética. No hay en él intencion oculta, ni sistema, ni controversia en pro ó en contra de tal ó cual comunión religiosa; no hay en él más que el sentimiento moral y religioso sacado de esa region en la cual todo lo que se eleva á Dios se encuentra y une, y no de aquella en que las especialidades, los sistemas y las controversias dividen los corazones y las inteligencias.

Pero este episodio no se me ha ocurrido por casualidad; no es pura invencion del pensamiento, es casi un relato. «Hay siempre algo de verdad en lo que se inventa», dice el poeta. Aquí, casi todo lo es, ménos el lenguaje. Que el lector sustituya mi nombre al del botánico, y se hallará bien cerca de una aventura enteramente positiva, de la cual se ha limitado á ser historiador el poeta, amigo de Jocelyn. Esta anécdota es bien sencilla, y el estilo muy diferente de la atmósfera de ideas que nos envuelve hoy. No se dirige más que á las imaginaciones juveniles. Debe ser leida como fué escrita. Es el sueño de un corazon de diez y seis años.

Si el público acoge con interés y benevolencia este fragmento, publicaré otros sucesivamente. Si le desdefia y olvida, no por ello dejaré de continuar

en silencio mi trabajo que desearia legar, siquiera incompleto, á la posteridad. Pero yo no exhibiré nada más, y me limitaré á pedir de vez en cuando su indulgencia al lector, para algunas de esas inspiraciones líricas que el tiempo y el pensamiento hacen brotar del corazon ó de la inteligencia del poeta, y que no tienen la pretension de sobrevivir á la impresion que las produjo.

LAMARTINE.



---

## CUATRO PALABRAS

AGREGADAS Á LAS NUEVAS EDICIONES.

\*\*\*\*\*

He de añadir cuatro palabras sobre cuestiones más graves.

Algunas personas han creído ver en *Focelyn* un libro con dos intenciones sobre las cuales el autor debe explicarse: una invectiva contra el celibato de los sacerdotes, y un ataque á la religion. Esas personas están en un error. En cuanto al celibato de los sacerdotes, cualesquiera que sean por este concepto las opiniones del autor, opiniones que ni siquiera serían una herejía, puesto que la Iglesia romana reconoce el matrimonio de los sacerdotes católicos del Oriente, la idea de hacer de un poema una controversia en verso en pro ó en contra de tal ó cual punto de disciplina, no se le ha ocurrido siquiera.

Considerarlo como un ataque al Cristianismo católico, sería desconocer el instinto del poeta y el tacto moral del hombre, suponer intencion de polémica hostil en una obra de pura poesía, cuyo único mérito,

si tiene alguno, es el sentimiento moral y religioso de que cada verso está impregnado.

Si en el mundo hay algo libre é inviolable, es el pensamiento y la convicción: el autor no necesita hacer aquí profesion de fe; pero sí hace profesion de veneracion, de reconocimiento y de amor á una religion que ha traído consigo ó resumido en sí todo el misterio de la humanidad; que ha encarnado la razon divina en la razon humana; que ha hecho un dogma de la moral y una legislacion de la virtud; que por espacio de dos mil años ha dado un alma, un cuerpo, una voz y una ley al instinto religioso de tantos millones de séres humanos, un idioma á todas las oraciones, un móvil á todos los sacrificios, una esperanza á todos los dolores. Aun en el supuesto de que el poeta disintiese por lo que respecta al sentido más ó ménos simbólico de tal ó cual dogma de esa grande comunión de los espíritus, ¿podría jamás sin pecar de ingrato ó de criminal manifestarse hostil á una religion que fué la leche nutritiva de su infancia, que fué la religion de su madre, que le ha enseñado cuanto á las cosas divinas se refiere? ¿podría llenar de arena y de lodo este pan de vida que alimenta y fortalece á tantos millones de almas y de inteligencias? Jamás se le ocurrirá tal pensamiento, ni se inspiró en él al escribir este libro. El poeta no tiene más que una idea: inspirar la adoracion á Dios, el amor al hombre, y el gusto de lo bello y de lo

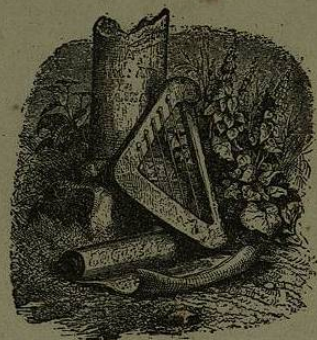
honesto á todos los que sientan tan nobles y divinos instintos. Las controversias engendran siempre disputas, y la inteligencia debe tener tambien su caridad.

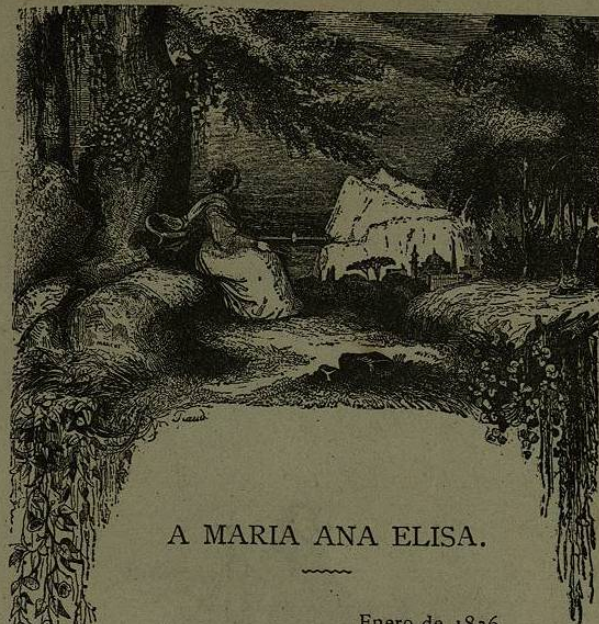
Se me ha acusado ó elogiado de panteísmo: tanto valdria que me acusaran de ateísmo, de esa gran ceguedad moral de algunos hombres, privados, por no sé qué aficción providencial, del primer sentido de la humanidad, del sentido que ve á Dios. Porque el poeta ve á Dios en todas partes, se ha creído que en todo le veía. Se ha tomado tambien por panteísmo la frase de San Pablo, el primer comentador del Cristianismo: *In illo vivimus, movemur et sumus*. Esta frase es la mia. Pero negar la individualidad suprema, la conciencia y el dominio de sí mismo á aquel que nos ha dado la individualidad, la conciencia y la libertad, seria negar la luz al sol y la gota de agua al Océano. No: mi Dios es el Dios del Evangelio, el *Padre que está en el cielo*, es decir, en todas partes.

Observo que me he extendido demasiado sobre un insignificante libro que no debe suscitar cuestiones tan espinosas, ni tocar objetos tan elevados, y pongo punto final.

LAMARTINE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO





A MARIA ANA ELISA.

Enero de 1836.

Dulce nombre de mi dicha: si pudiera inscribir alguno con caracteres indelebles en el zócalo de mi lira, mi corazon estamparia el tuyo ántes que el mio, ¡oh nombre en que vive mi vida y que dilata mi alma mas para conservarle toda su casta sombra de mujer, no lo escribiría sino para tí!

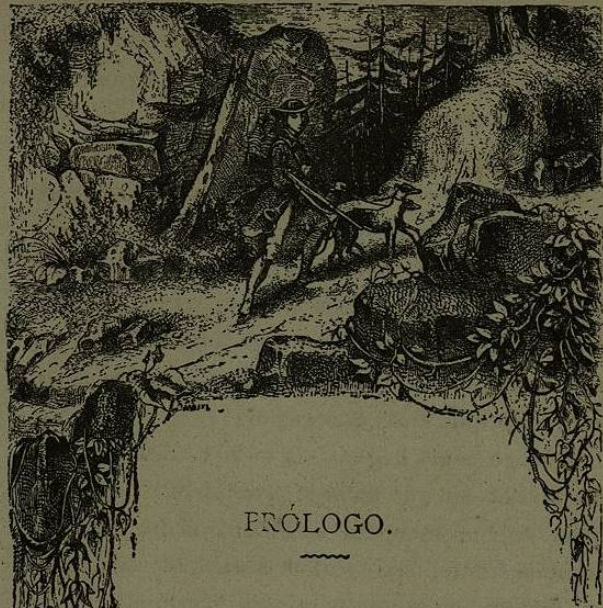
Lecho de sombra y de flores, en que la oleada de mi vida corre secretamente medio agotada, y cuyos bordes he entristecido con harta frecuencia; si algun rincón del cielo aparece en él visible por momentos,



si alguna onda canta en él arrastrando consigo una estrella, que ese murmullo suba hasta tí!

Abrigo en la tormenta, junto al cual vegeta oscuramente el árbol del poeta bajo un cielo ya sombrío, y cuya savia asciende y mana todavía en mí, si alguna verde reliquia de mi pálida corona llega a florecer de nuevo en sus ramas y cae al soplar los vientos otoñales, que estas hojas caigan sobre tí!





## PRÓLOGO.

---

Yo fui el único amigo que tuvo sobre la tierra, excepcion hecha de su pobre rebaño; siguiendo mi costumbre me dirigí, por la fiesta de San Juan, á la casa rectoral, á pié, por la senda que recorren las gamuzas, con la escopeta debajo del brazo y mis dos perros atraillados, y así subí encorvado por aquellos montes cuya altura se va reduciendo á cada paso. Mas pensando en la alegría que por la tarde tendria cuando llamara á su puerta, cuando subiera y me sentara junto al hogar donde arderia un buen fuego de arce, cuando viera

el blanquísimo mantel extendido sobre una mesa cubierta por sus manos de frutas y legumbres, cuando nos entretuviéramos en sabrosas pláticas hasta una hora algo avanzada de la noche, parecíame que llegaba ya á mi oído el acento trémulo y cariñoso de su insinuante voz, y á falta de palabras y frases rebuscadas, parecíame también sentir que todo su corazón me hablaba al estrecharme la mano, porque, cuando la amistad no tiene ya otro lenguaje, la mano acude en su ayuda siendo elocuente testimonio de lo que dicta el corazón.

Tan luego como llegué á la cumbre desde la cual podía divisar, sin que nada lo estorbase, el tejado de su casa, dejé mi escopeta sobre una piedra gris y me enjuagué la frente, cuyo sudor contribuyó á secar la brisa; fijando en seguida la mirada, sorprendíome no ver su negro traje vagando por la huerta de árbol en árbol.

Era la hora sublime y santa en que, libre y solitario, solía leer su Breviario á los rayos del sol poniente; pero todavía me sorprendió más no divisar la acostumbrada humareda de su hogar vespertino, remontándose desde el tejado sobre el cual la veía yo flotar con tanta frecuencia. Al advertir también que su ventana estaba cerrada, no dando paso á la luz del sol, asaltóme una vaga tristeza, un presentimiento funesto; sentí en mi corazón un estremecimiento glacial, y sin indagar la causa de mi repentino ter-

ror, proseguí mi camino, acelerando el paso cuanto pude.

Buscaba con la vista á alguien á quien interrogar; pero en aquellas desiertas campiñas no se veía siquiera un pastor con su ganado; tan sólo un mulo pastaba la escasa y polvorienta yerba á orillas del camino; la reja del arado yacía en el suelo que él labraba, medio adormecida en mitad de un surco; y únicamente se oía á lo lejos el monótono canto del grillo, en vez del animado rumor de esas mil voces que todas las tardes suben al espacio desde el fondo de los valles.

Llego y llamo en vano; ni siquiera acude el guardián del hogar, su perro, ladrando al oír mis golpes; levanto el picaporte con rápida y temblorosa mano y penetro en el patio, mudo y vacío también.

¿Vacío digo? ¡Ah, no! Al pie de la escalera que iba desde el patio á la rústica meseta, veíase una negra figura sentada á la sombra como un pobre acurrucado junto al pórtico de una iglesia; estaba inmóvil, con la frente descansando en las rodillas, y el rostro oculto entre los pliegues de su delantal. No profería ayes ni murmullo alguno, y tan sólo el movimiento leve, convulsivo, continuo, del enlutado pañuelo que cubría su rostro, daba á conocer que su seno estaba henchido de mal reprimidos sollozos.

Aquel mudo emblema me hizo adivinar la muerte; la criada estaba llorando á su querido señor.

—¡Marta! le dije, ¿será cierto?

Levantóse al oír mi voz, y me contestó, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano:

—¡Ah, demasiado cierto! Subid, todavía le podeis ver; no le enterrarán hasta mañana al amanecer; al menos su pobre alma se irá más tranquila si la acompañais con vuestros últimos votos. Ha estado hablando de vos hasta su hora postrera. «Marta, me decía, si Dios quiere que muera, díle que su amigo le deja cuanto tiene para que cuide de tí, de los pájaros y del perro.» ¡Cuánto tiene! ¡Si todo su afán consistía en no guardar nada! De seguro que no se llenará con ello el estante de un armario. Lo poco que le quedaba se ha ido sueldo á sueldo, convertido en ropa y víveres, Dios sabe á dónde. Miéntras ha durado su penosa enfermedad, lo ha dado todo, señor, hasta su vida, sí, porque confesando día y noche á unos y á otros, ha encontrado la muerte.

—¡Y también el cielo! le repliqué.

Subí.

La estancia estaba desierta y sombría; dos solos cirios disipaban la oscuridad, mezclando sobre su frente sus fúnebres reflejos con los dorados rayos del sol poniente que atravesaban las vidrieras, cual luchan entre sí, en la santa agonía, la esperanza inmortal y la noche de la vida.

Tenia el rostro tranquilo y agradable á la vista: sus apacibles facciones parecían conservar aún la impre-

sion de los éxtasis iniciados, pues sin duda había vislumbrado el cielo en su mente, y el júbilo que debió sentir el alma al emprender su vuelo, se veía aún retratado en su divina sonrisa. Una blanca sábana cubierta con su negra sotana adornaba su lecho mortuorio; en sus manos cruzadas sobre su dormido seno descansaba un crucifijo de marfil, cual amigo que reposa en el seno del amigo; y su perro blanco, echado á los piés de su amo, mirándole é inquieto ya por tan prolongada guardia, gruñía al percibir el mas leve rumor, y cansado de velarle, escuchaba si su aliento le despertaría.

A la cabecera del lecho había una rama seca de boj metida en agua bendita, conforme al rito sagrado; mi mano la sacudió tres veces respetuosamente, trazando sobre el cuerpo la señal de la cruz.

Luego besé los piés y las manos; el rostro llevaba ya impresa la imágen de la inmortalidad, y en aquella frente donde se leía su sino, mi mirada reverente veía ya un elegido. Despues me puse á recitar las santas preces con el acólito y sentéme para llorar junto á tan caras reliquias; y rezando y cantando y llorando alternativamente transcurrió la noche y ví asomar el alba.

Cerca del umbral de la iglesia, en un rincón del cementerio, depositamos el ataud en la tierra de los muertos; todos los campesinos fueron echando uno tras otro sobre el féretro un puñado de tierra santa en

señal de luto; todos lloraban al pasar, todos miraban cómo iba hundiéndose lentamente la tumba bajo la tierra que caía, y cada vez que ésta resonaba al caer, brotaba un sordo gemido del seno de la silenciosa muchedumbre.

Cuando me llegó la vez, exclamé:

—¡Oh santo amigo! ¡Duerme en paz: no es mi corazón, nó, el que se aflige, sino mis ojos. En vano será que cierre el lecho en que yaces, pues hartó sé que mi amigo no está ahí, sino donde sus virtudes han encendido su pura llama! Está donde sus suspiros han sido precursores de su alma!

Dije; y toda la noche los gimientes sonidos de su campana lanzaron sus lamentos al espacio, entristeciendo aquellos desiertos, mientras su perro le llamaba, mezclando con el fúnebre tañido sus ladridos quejumbrosos y aullando en las tinieblas.

Y yo, solo con Marta en aquella tétrica mansion, iba y venía del jardín al patio, buscando y encontrando en todas partes sus huellas; viéndole, hablándole, dejándole su sitio, hojeando algún libro piadoso que había quedado abierto, leyendo algún párrafo y enjugando mi llanto.

—¿No escribía nunca?

—Algunos domingos, me contestó Marta, se ponía á trabajar sobre una página blanca; cuando estaba ya negra, la arrojaba al fondo de un cesto viejo, y yo la barria á la mañana siguiente, arrinconán-

dola en el granero. Allí puede ser que haya todavía algunas hojas respetadas por las ratas.

Subí, y hallé aquellas páginas trazadas por su mano sin orden ni plan fijo, semejantes á esas frases que un pensador solitario escribe misteriosamente con la punta de su baston, caracteres azotados por la lluvia y el viento y cuyo sentido ha de desentrañar la vista trabajosamente.

Muchas fechas faltaban en aquel diario sin ilación, ya porque hubiera desgarrado la página luego de escrita ó porque Marta hubiera encendido las luces con ellas y el viento dispersara los restantes fragmentos por el tejado. Lamentando á mi vez la pérdida de tantas hojas, mi vista trazaba de nuevo el cuadro de su vida con aquellos restos, á la manera que los ojos, halagados por un rayo nocturno, y perdiéndose en el horizonte que parece huir en lontananza, ven las sinuosas, curvas de un río de brillante agua, desplegando á oleadas su resplandeciente sábana, desapareciendo momentáneamente bajo alguna oscura loma para reaparecer más puro en el llano y rompiéndose de nuevo en los prados regados por él; pero siguiendo con atención el surco que suponen trazado por el agua y adivinando sus rodeos por entre los oscuros oteros, de mil curvas rotas recomponen un solo curso.

Así es como yo, á través de confusas imágenes, he logrado coordinar las páginas de ese diario des-

trozado. Si alguna sombra oscurece el texto con frecuencia, aclárese éste leyendo todas las páginas, que son las siguientes.

de ob st



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO